

ARTISTA INVITADO

DESTIERRO,

UNA REVISIÓN POÉTICA DEL DIÁLOGO CONTEMPORÁNEO
HOMBRE-NATURALEZA EN EL CHOCÓ COLOMBIANO

DANIEL OSPINA MORENO



EDICIÓN NÚMERO 5 / ENERO - JUNIO 2017
ISSN 2389 - 9794



DESTIERRO,

UNA REVISIÓN POÉTICA DEL DIÁLOGO CONTEMPORÁNEO HOMBRE-NATURALEZA EN EL CHOCÓ COLOMBIANO

DANIEL OSPINA MORENO

1. Anécdotas de una travesía por la selva Chocoana

Colombia, una escultura de geo-formas, pliegues que albergan millones de poesías vivas, un entramado ecológico tan complejo como las particularidades de su clima. Desde el alto páramo hasta el Atrato bajo y lacustre, sinfonía de diversidad, cuenca de la pluralidad, rizoma de arterias; desde diminutos hilos, afluentes de afluentes, la cordillera se descarga en un magnífico caudal, corriente serpenteante de la selva tropical... Entre la diversidad geográfica y ecológica de “la gran Colombia” se encuentran muchos países en uno. Este trabajo centra su atención en uno de ellos, el



territorio que se halla entre la escarpada cordillera occidental y el gran océano Pacífico, sobre una cuenca tan particular que abre para sí todo un golfo donde se descarga al océano Atlántico, en el que se funde este mar de agua dulce que llaman Urabá¹, delta del río más caudaloso del mundo, el cual entrega sus aguas por diecisiete bocas que tiñen el golfo de ocre. El Atrato, así se llama este gran río. La puerta de los primeros colonizadores, la esquina donde hace quinientos años pudieron al fin tocar tierra firme, una que no pudieron domar y de donde rápidamente tuvieron que migrar, casi escapando, buscando la montaña; allí empieza la empresa de colonizar, frustrada en el muy húmedo bosque tropical.

Figura 1. *Cordillera occidental. Farallones del Citará y Cerro Tatamá. Tutunendo (Chocó), 2016²*



1. *N. del E.*: El nombre Urabá, se dice que lo dio Martín Fernández de Enciso en 1500, y alude a la poca salinidad de las aguas del Golfo, en buena parte porque se mezclan con las del río Atrato. Obviamente, la palabra es indígena.

2. Todas las fotografías son del autor

Figura 2. *Barequera Maximina Mena. Tutunendo (Chocó), 2016*³



Diezmada la comunidad aborigen, tomada la montaña, saqueado su sagrado dorado, la ambición rompe el saco y hunde la balsa; así mismo se apilan los indios muertos de cansancio en las minas, y aún queda mucho metal por embarcar. ¿Y las manos para hacerlo? Arriban, de este modo, en barcos llenos de esclavos, gentes morenas traídas como ganado desde África, llegan a América a escarbar el río y la peña... Zarpan los barcos colmados del dorado metal, arriban los barcos con más personal, rumbo a las agrestes selvas que los blancos no soportaron, hacia donde se fugaron y donde se refugiaron sus esclavos; río adentro se puebla el enigmático Chocó de ba-

3. A propósito del folclor chocoano alrededor de la minería, como práctica ancestral y popular, se puede observar un video filmado en Quibdó por el grupo *Jóvenes Creadores del Chocó*, en: https://www.youtube.com/watch?v=RV_RV14jmm8



teas que menean los negros en la maraña, que ahora es su casa, en el río que ahora es su vía y su vida. Con el paso del tiempo todo cambia, hasta la corona. Perdidos los negros fugados, libres, aislados en la selva se apropian de ella, aprenden a alimentarse de ella, a sembrar en sus difíciles tierras, a recorrer sus arterias, integrándose y coexistiendo con su región Pacífica y su esquina Atlántica. Se forja una cultura de selva y agua; quienes llegaron por la mina e hicieron de la madera su material por excelencia, hijos de la pesca y la caza de diversas presas (bocachico, lunareja, sardina, guacuco, chachama, en los primeros; el oso perezoso, la tatabra, el venado, la guagua, el gurre, el tucano, la pava, el paujil entre los segundos), de la palma de “mil pesos” –el aceite prodigio de estos montes–, y de su incontable variedad de frutales como el borjón, el pacó, el caimito, el cacahuillo, entre tantos otros; del maíz, el arroz, la yuca y las musáceas de sus tierras; gentes de raíces africanas se mezclan con saberes indígenas y creencias cristianas, esos que conviven y viven de la selva más biodiversa del planeta, quienes han permanecido en ella durante siglos, prácticamente olvidados en su edén, su río y su monte -el que conocen a la perfección-.

Figura 3. *Cotidianidad... el río.* Río Tutunendo (Chocó), 2015



Ausente de mi entorno, me inquieta esa selva, una que narran en anécdotas lejanas ancianos y criollos aventureros, tanto que no pareciese estar allá tan cerca, de la otra cara de la cordillera, cuando de este lado he crecido en medio de montañas peladas y tierras domadas, ¡un monte colonizado! Me pregunto por la construcción cultural del paisaje y la noción de naturaleza con la que me he



formado en mi hábitat, ¡tan domesticado! Busco esa primigenia selva que cubría esta mixtura geográfica, una selva erradicada del paisaje, la memoria, y el imaginario, ¿donde se halla?, ¿donde sobrevive? Se inicia un viaje rumbo a encontrarla, con expectativas de jungla, se inicia este encuentro con la repetición de la historia, con la huella del extractivismo y el capitalismo salvaje que ejerce nuevas colonizaciones, un saqueo a escala industrial que mira la selva como “recurso natural”. ¿Y la selva? ¿Dónde está el ecosistema primario del Chocó en medio de estos rastrojos altos? “Leja... Muy leja” dirían los afrocolombianos.

Figura 4. *Bogas.* Río Tutunendo (Chocó), 2015

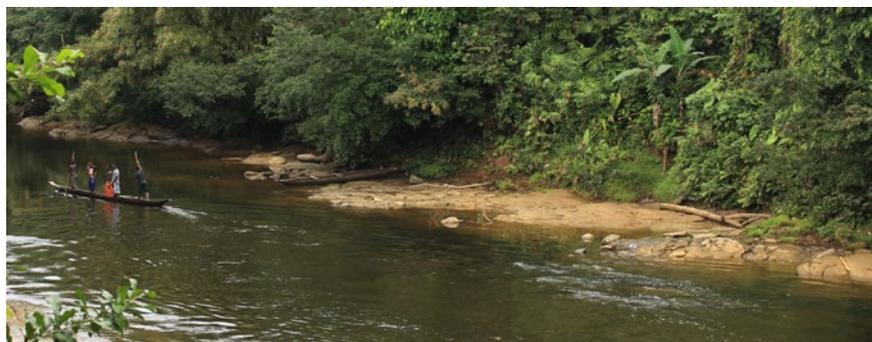


Figura 5. *Destrozos.* Morro de los Fenández, Cañón del Sinifaná (Chocó), 2013





El Chocó, ubicado en el rincón más lluvioso del planeta, en su “aislamiento”, abandonado por la centralidad estatal, conserva un esplendor selvático ya extraño en muchas regiones. Cada vez más degradado a cambio de los centavos que mal que bien sirven para menguar el hambre diaria de los pobladores que, como en tiempos de la esclavitud, son muy poco recompensados por la proeza de extraer materias preciosas e invaluable de los recónditos recovecos del monte. Su carrera diaria consiste en vivir con dignidad en esta tierra que está al margen del estado, donde los límites de la legalidad son subjetivos y el tesoro de la biodiversidad se vuelve la fuente de riqueza de unos cuantos, mientras el bosque se sigue diezmado, los ríos siguen turbados, excavados y envenenados y los chocoanos igualmente saqueados con su propio sudor. Esta es la historia de una selva tan valiosa que parece que a nadie le importa, mientras continúan gritando los árboles al paso de la motosierra, continúan agonizando las cuencas revolcadas por los brazos de las retroexcavadoras. Una historia que empezó en selváticas riveras de indígenas, donde los pocos negros capaces de sobrevivir en esta tierra meneando sus bateas para cargar los barcos de la corona, ahora talan los grandes, duros y milenarios árboles de su selva, tótems descuartizados que por el río navegan hasta la China para volverse muebles, pisos o carrocerías, mientras las mafias armadas controlan las riberas que sin escrúpulos desuellan buscando el metal que desde lo alto de la montaña el agua le ha arrancado a la roca, depositando chispas doradas a lo largo de los múltiples cauces de esta gran cuenca, condenada a muerte por sus riquezas, las que siempre se han ido a las arcas extranjeras. Extranjeros que primero se lucraron de saquear a los indígenas, las bateas de los esclavos, y luego regresaron con las dragas que más veloz y vorazmente succionan las riquezas de estas arterias enfermas, por derecho de estas gentes indígenas y negras. Cada vez más honda la herida, las dragas se adentran cada vez más y las retroexcavadoras desdibujan cada vez más esta selva en la que me aventuro, buscando el vigor de la naturaleza, mientras me saludan las inclemencias de esta realidad que desbarata las utopías sobre esta tierra que habitaban en mis ideas, donde no sólo me encuentro ante la selva sino que me topo con las dinámicas que la destierran.



En Colombia hay 78.939 hectáreas afectadas por explotación minera, 40.839 están en el Pacífico. [...] De 302 hectáreas afectadas en el año 2001, Chocó pasó, en el 2014, a tener 36.185 hectáreas de selva arrasada por retroexcavadoras, dragas y balsas que han devastado la tierra y los ríos en busca de oro. Eso quiere decir que cada año desapareció en ese departamento una extensión de bosque equivalente a 10 veces el parque Simón Bolívar de Bogotá. [...] En total, el 79 por ciento de las zonas de explotación de oro a cielo abierto está en Chocó y Antioquia. (Obando Jaramillo, 4 de julio de 2016)

Figura 6. *Chispas Doradas. Jagua en Jigua Negro. Chocó, 2016*





Figura 7. *Bosque en desplazamiento 1. Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015*



Figura 8. *Cuenca desollada, selva arrancada. Minería de aluviión, Quebrada Catugadó, Tutunendo (Chocó), 2016*





El Carmen de Atrato, en la cabecera de este totémico río -que aquí es apenas un hilito- es la entrada al Chocó desde el departamento de Antioquia; allí se prefigura el destino de esta región en la imagen del bosque confinado en lo alto de las cabeceras, custodiado por la esperanza que mantienen organizaciones como ProAves, que han conformado reservas como El Gorrión de Andivia y Las Tangaras en la zona del alto Atrato. Allí se aprecia un remanente de lo que un día fueron estas vigorosas laderas, hoy irrisorias praderas casi verticales, hogar de unas cuantas vacas alpinas, ejemplo de los movimientos en masa, de la montaña desnuda que se erosiona y se desmorona con las pretensiones de prosperidad de la ganadería y la persistencia agricultora, las cuales conviven con presas colmadas de arena tóxica, vomitada por la única mina de cobre del país, que también extrae oro, molibdeno y otros preciados minerales que no figuran en las regalías ni en los impuestos y que ni en cobre se reflejan en esta población; lugar de donde se extraen grandes riquezas minerales de las entrañas de la montaña a través de un enorme socavón llamado “El Roble”, operante a escala industrial desde hace 40 años, época en la que quién sabe quién habrá aprovechado las utilidades de este megaproyecto que cambia el color del Atrato de transparente a gris. Mucho antes de ser un gran torrente, el Atrato ya lleva toneladas de sedimentos contaminantes vertidos por una empresa “ambientalmente responsable”, “una mina segura” no tan rentable para la comunidad que sufre sus impactos y se ve escasamente beneficiada por sus ganancias. Así son las cosas en esta neocolonia, la puerta a la desencantada ilusión de un viaje a la selva, que me lleva a comprender por qué llaman a Colombia el paraíso y la capital de las materias primas.

Sigue la ruta Atrato abajo mientras se reduce la extensión de las pasturas y la vegetación se apodera de los márgenes de una de las carreteras más exiguas -y a la vez costosas- de Colombia: la vía Medellín-Quibdó. Una ruta de contrastes, desde la gente carmeleña de ascendencia antioqueña hasta las comunidades indígenas Embera asentadas a orillas de una trocha mal llamada carretera, paralela a ese cauce que corre con la fuerza ganada de los múltiples afluentes que suman sus aguas cristalinas al caudal de rápidos y enormes rocas. Aumenta la humedad y la temperatura, así como la densidad sonora del ambiente mientras el verde se hace omnipresente en el relieve, los indicios de civilización se reducen a pequeños



grupos de casas de madera habitados por los Embera, quienes en menor medida y extensión, debido a las influencias del Carmen y sus planes de desarrollo agropecuario, también crían ganado en las proximidades de sus asentamientos, tendencia que va desapareciendo mientras continuamos bajando. La maraña gobierna los márgenes del Atrato. La mayor concurrencia en la vía son camiones que vienen desde abajo cargados de madera, mientras que otros van cargados con motores para dragas, retroexcavadoras y abarrotos o ganado, para retornar con las preciosas maderas de la selva, cada día más distante.

Entre los sucesos del camino están las numerosas paradas para disfrutar de las claras aguas que todavía existen en este piedemonte formando paradisíacas cascadas y pozas, donde bañarse no es simplemente huir del calor y sentir la frescura del agua, sino además vivir una experiencia sublime e incluso sagrada. Tenemos la fortuna, o la desdicha, no lo sé, de toparnos con unos transeúntes locales, un par de aborígenes muy gentiles (cosa rara en la comunidad Embera, silenciosos, reticentes y prevenidos con mucha razón ante nosotros los “capunías⁴”) con los que dialogamos un buen rato. A uno de ellos lo recuerdo tallando utensilios en madera: tazas, bateas, canoas.... una labor fundamental en estas comunidades para el desarrollo de las prácticas cotidianas como buscar oro o navegar. Fue bello apreciar esta práctica ancestral con mis propios ojos; no tan idílico fue escuchar la respuesta tajante ante una de mis preguntas. Lo que yo entendía de muchas comunidades aborígenes tenía que ver con sus concepciones espirituales y chamánicas del universo y su entorno, al que consideran un ser vivo y consciente, con el cual coexisten y dialogan. Sienten mucho respeto por los elementos de la naturaleza: ¡Su universo! Son sumamente prudentes cuando van a hacer uso de sus “recursos”, ya sea que se llamen peces y animales silvestres para la caza, plantas y árboles para sus medicinas, alimentos, construcciones o utensilios. Antes de tomarlos meditan su accionar, lo median con la madre tierra en ritos de pago o a modo de pedir permiso para hacer uso de sus elementos, siendo muy cuidadosos y puntuales con lo que extraen, por ser cada elemento sagrado

4. Capunía: en lengua Embera se refiere a todo aquel que no es propio de su etnia y su territorio, en palabras de varios de ellos en el Chocó capunía es sinónimo de “paisa”.



y precioso. Eso era lo que yo pensaba, pero otra cosa muy distinta fue la que escuché cuando les pregunté si ellos llevaban a cabo esos rituales o si había alguna manera de pedir permiso, compensar o intercambiar con la selva los animales, plantas, árboles y minerales que toman de ella. ¿Hay algún tipo de mediación espiritual o noción de ritual que comprometa una retribución al medio de sus actividades extractivas? La respuesta fue: “¡Uno va al monte y allá hace lo que quiera...!” De ahí para allá se me hizo normal darme cuenta de que ellos también tienen motosierras y también llenan camiones con madera, que no miden las tallas de su pesca ni las proporciones de sus cacerías matutinas. Aunque no se puede negar que, como nadie, conocen y recorren sus selvas. Aquellas donde todo el que llega hace lo que quiera...

Figura 9. Presa 4. *Arena tóxica*. Carmen del Atrato (Chocó), 2015



Entre abismos se contemplan al fondo los rápidos del estrepitoso y turbulento Atrato, ya custodiado por la espesura de la selva y por peñas verticales. Entre pequeños caseríos indígenas, entre curvas y curvas, el Atrato se aleja dividiendo los territorios de Quibdó y Carmen de Atrato: un precioso río al que la gente llama “la playa linda”, caudaloso y sin embargo tan cristalino que se puede ver el fondo, a pesar de ser tan hondo. Se aprecian en la claridad de sus aguas matices entre azules y verdes, encausados entre vigorosos peñascos, magnífica roca tallada por la paciente fuerza erosiva del agua que se escurre entre las



fallas de la cordillera, que desprende chispas doradas que se diseminan y acumulan en el sedimento, desde los ríos hasta las pequeñas quebradas. Por eso en el Chocó ya son tan extrañas esas aguas claras que son la nostalgia de los pobladores de las orillas de sus numerosas fuentes hídricas. Nos encontramos en un punto llamado el 18⁵, sobre el río La Playa, acabamos de pasar por otro caserío indígena y ya comenzamos a ver casas y personas afrocolombianas; mientras dejamos el río nos trepamos a una colina custodiada por una base de la armada. Todo el camino ha sido en descenso, hasta el pequeño ascenso que nos sitúa en el 20, desde donde se abre en el panorama un tapete verde y enorme que se pierde a la vista y posiblemente roza las aguas oceánicas: ¡la selva chocoana! La gran región del Pacífico se abre ante nosotros en lo que los camioneros llaman “un mar de selva” que se despliega tras el piedemonte. En el plano general que desde aquí apreciamos, me sobrecoge la impresión de contemplar esa selva, aparentemente ininterrumpida e inmaculada, en la que nos estamos adentrando...

Figura 10. *Estribaciones.* Alto de la M., Carmen del Atrato (Chocó), 2015



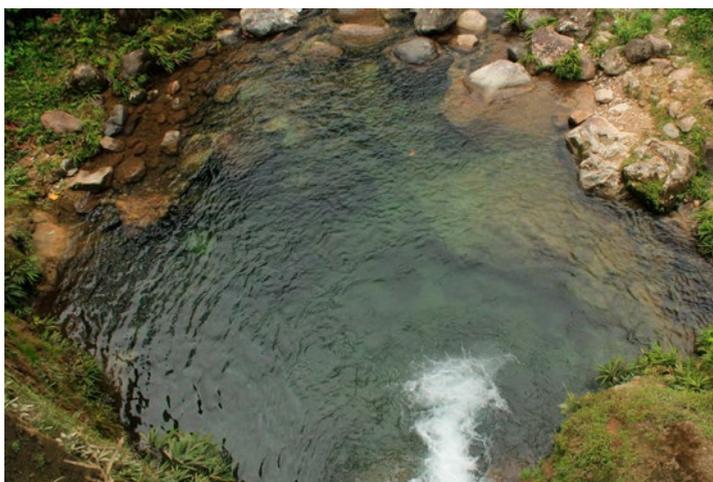
5. El 7, 12, 18 o el 20 son puntos de referencia en la carretera que en determinado momento fueron los números de los campamentos que se establecieron durante la colonización de selva y de la construcción de la trocha que es la vía Medellín-Quibdó. Estos mismos puntos, con el tiempo, se han convertido en pequeñas poblaciones que toman como nombre los mismos números de aquellos campamentos.

Figura 11. *Alto Atrato. Sector el 15. Carmen del Atrato (Chocó), 2015*



DESTIERRO,

Figura 12. *Aguas selváticas. Sector el 17. Carmen del Atrato (Chocó), 2015*





Continúa el descenso mientras nos sumergimos en el “mar de selva” y atrás va quedando la cordillera. Entre las pequeñas colinas de esta llanura aluvial, colmada de afluentes que corren a sumarse al caudal de la gran cuenca del Atrato nos encontramos en Tutunendo, una población afro ya cercana a la ciudad de Quibdó, ese pequeño pueblo rodeado de selva que toma su nombre del río sobre el que se posa: da la ilusión de una comunidad que convive armónicamente con su entorno y su río, en el cual se bañan, lavan sus utensilios y prendas, por donde se transportan a sus parcelas y en el que a diario pescan. Un río paradisíaco que solo se ve turbio cuando de un día para otro su caudal se triplica debido a las copiosas lluvias; lugar donde las prácticas mineras no han cambiado mucho en 200 años, como se aprecia cuando se navega aguas arriba, en medio de una continua selva que custodia sus aguas, por donde ha flotado tanta madera. Los grandes árboles no se divisan cerca y sin embargo se aprecia casi la totalidad de la rivera custodiada por una frondosa vegetación y algunas parcelas de siembra. Así como este río es afluente de otro más grande, él mismo cuenta con múltiples cauces que se suman a su caudal, por los cuales se internan en el monte desde las barequeras hasta las mini dragas a buscar los granos de oro que apoyan su subsistencia. Mientras se navega el río o se camina el monte, se sienten los contrastes entre el sonido de las aves y la fauna, con los de las motobombas y las motosierras que merodean entre esta selva: una selva que ya no es un extenso territorio ininterrumpido e inmaculado, ya que la extracción de sus materias es su principal “recurso económico”.

Figura 13. Indígena Emberá tallando una taza en Incibe (comino liso). Sector el 17, Carmen del Atrato (Chocó), 2015



Figura 14. Río “La Playa Linda”. Carmen del Atrato-Quibdó (Chocó), 2015



Figura 15. Mar de selva. Quibdó (Chocó), 2015





De hecho, este río marca en su recorrido profundos contrastes entre el arriba y el abajo del pueblo. Arriba son pequeñas las dragas y predominan los barequeros tradicionales, se nota la huella humana, el deterioro de los cauces y del bosque en una menor proporción; además, la extracción de árboles es selectiva y a pequeña escala, reduciéndose muchas veces al sólo uso doméstico y comunitario. Aquí no hay cercas de alambre de púas, pero... “cada monte tiene su dueño” y antes de coger cualquier cosa hay que mediar con él y muchas familias simplemente no dejan que nadie saque nada de sus montes, aunque otras sí... “El dueño arrienda el lote al 10% del oro extraído de las retro, otro 10% para el Consejo Comunitario y el resto para los dueños del entable” en Córdoto, Jarapetó y Catugadó, otros afluentes del Tutunendo, en cuyas desembocaduras y proximidades hay minas de oro que hicieron de estas quebradas grandes cráteres.

Figura 16. *Olego el médico yerbatero-aserrador retirado. Tutunendo (Chocó), 2016*



Figura 17. *Río Tutunendo.* Tutunendo (Chocó), 2016



DESTIERRO,

Figura 18. *Mini draga en Palmas, afluente del Tutunendo.* Tutunendo (Chocó), 2016





Arriba del casco urbano de Tutunendo, en sentido de la corriente, hay un paisaje todavía muy exuberante, pero otra historia muy distinta se narra aguas abajo, donde no hay “mini dragas” sino “dragones”, donde los costados del río no los custodia una maraña vegetal sino tierra revolcada, donde se llevan a cabo extracciones “ilegales” a escala industrial, excavando los lechos y costados del río, no con palas sino con retroexcavadoras y chorros de agua a presión; dragas que vienen desde Antioquia e incluso de Brasil o Estados Unidos... “la primera draga de Tutunendo la llevó un gringo”. Como la especulación y las inversiones en la extracción masiva de maderas se hacen al estilo paisa, las toneladas de madera que ya no existen al bordo del río salen por medio de caminos de herradura trazados hasta muy adentro en el bosque, arrastradas por mulas. Hacia la mina de la quebrada Catugadó se continúa por un camino de mulas, por donde sale la carga para 2 o 3 camiones que bajan llenos de madera a la semana; maderas tan lejanas que las mulas, en todo un día, sólo alcanzan a sacar dos viajes -desde el punto de asesinato y descuartizamiento del árbol en bloques, hasta donde la madera se embarca hacia Medellín.

Figura 19. Aserrador. “Tablas para casa”. Tutunedo (Chocó), 2016



Figura 20. *Dragón sobre el Tutunendo.* Aguas abajo del casco urbano de Tutunendo (Chocó), 2016



Figura 21. Cráter. *Minería con maquinaria pesada.* Márgenes del Tutunendo, aguas abajo del casco urbano de Tutunendo (Chocó), 2016



Esta fue la bienvenida a la otra cara del Chocó, un territorio que se desintegra y se desplaza, una selva que se va trozada en camiones y unos ríos que se deforman por la riqueza de sus aluviones. ¿Cuál será el Chocó que vivirán estos niños? ¿Que verán por su ventana? Oscuro panorama, esta región donde busco el vigor de la selva, y donde me encuentro con el capitalismo salvaje que la explota; territorio que se transforma y se desplaza a escalas enormes, desde los árboles que salen en camiones y por la corriente del Atrato sobre los miles de toneladas de sedimentos que arrastran los ríos colmatados con el cascajo de la mina que pone en la página del olvido la aguas claras; lugar donde la pesca ya no es sinóni-





mo de abundancia, sino de metales pesados, donde hay que replantear ese dicho de que “no hay negro bobo”, pues los trastornos mentales y las malformaciones genéticas son frecuentes en las zonas más mineras, como los pueblos del río San Juan, el Quito o el Neguá. Pensaría uno que tal vez más adentro las cosas sean menos terribles, pero me equivoco nuevamente, aquí parece haber otros adentros y otros afueras (casi invisibles) que no logra leer tan fácilmente el espectador foráneo, quien para apreciar ciertas situaciones y escenarios debe persistir, ser arriesgado, y no ser un visitante pasajero en su estancia, más cuando a los nativos poco les gusta recorrer su cotidianidad con extraños... Ni siquiera hemos llegado a Quibdó y entre más bajamos nos vamos percatando de que tras ese muro enmarañado que parece una interminable selva, desde el río o la carretera, se esconde una realidad muy turbulenta.

Figura 22. *Camino de herradura.* Quebrada Catugadó, Tutunendo (Chocó), 2016



Figura 23. *Cargue de madera en Catugadó.* Tutunendo (Chocó), 2016



DESTIERRO,

Figura 24. *Niños.* Tutunendo (Chocó), 2016



Río arriba nunca imaginé lo que vería río abajo. Luego de Tutunendo no vi más aguas cristalinas, todos los ríos tienen el mismo color ocre. Llegamos a Quibdó para encontrarnos de nuevo con el gran Atrato a su



encuentro con el río Quito. Aquí confluyen todas las vías de comunicación entre el agua y la tierra, esta es la capital chocoana: un pueblo de ranchos, inseguro, peligroso, prácticamente sin acueducto ni alcantarillado, un pueblo de contrastes, entre la miseria y la opulencia, donde los ranchos de tablas están cerca de las grandes camionetas y las botellas de whisky; aquí residen algunos de los que se han enriquecido desangrando la selva, junto a muchos otros -los brazos de esa empresa- que a pesar de tanto trabajar sólo acumulan cansancio, y junto a muchos otros a quienes la guerra ha despojado de sus tierras, los que desde muchos rincones del Chocó llegaron a su capital, el centro de la corrupción y la negligencia que es el ordenamiento y gobierno de estas tierras, donde se notan los intereses oscuros en todas sus obras, como la carretera de Quibdó a Lloró e Istmina, que coincide con las zonas de mayor explotación minera. Por ejemplo, el municipio de Lloró vio entrar la primera retroexcavadora cuando apenas se estaba culminando su vía de comunicación por tierra, en el 2002. Ahora todos trabajan en las “retro” y el río Andagueda está colmado de extracciones mineras, un importante afluente que de nuevo cambia el curso del Atrato hacia el norte, un río que los lloroseños recuerdan cristalino y colmado de peces; el paraíso, dispensario, balneario cotidiano que también es su más concurrida vía de comunicación, es ahora un caudal de lodo al que, sin dolor, cae toda la basura del pueblo que balsea sobre la corriente; todos la lanzan sin reparo -tal vez como señal del proceso de desapego forzado y los nuevos conceptos de desecho que han venido en los últimos años-, cada vez más desligados de su vital relación con el río, que ahora es su cloaca; desde lodos y metales pesados, hasta los desechos domésticos, este río ya no lleva un mensaje de vida sino de decadencia. Me dan escalofríos de pensar en todos los pueblos que se asientan río abajo, en quienes se bañan y pescan en esta rivera. Como diría un amigo, “las gallinas de arriba se cagan en las de abajo”. Cuando hablamos del Atrato, no hay metáfora que mejor describa sus problemas.



Figura 25. *Puerto de Quibó. Quibdó (Chocó), 2015*



Figura 26. *Andágueda y Atrato. Vista desde el cementerio. Lloró (Chocó), 2016*





Figura 27. *Palizada.* Atrato Medio (Chocó), 2015



Sigue la travesía, navegando por este gran caudal ocre, una de las principales arterias del Chocó, el Atrato, que ya no es la pequeña quebrada del Carmen, sino el gran río donde confluyen las aguas de medio Chocó. Ya estamos más al norte de Quibdó, río abajo, pasando las bocas del Neguá, donde nos encontramos de nuevo con las aguas del Tutunendo, después de haber caído en dos ríos más: Ichó y Neguá. Cuando se viaja por el río, la selva sólo se interrumpe en los pequeños claros abiertos por los case-ríos que van apareciendo en el viaje de este gran río a su encuentro con el mar, un largo trayecto donde todos los pueblos se vinculan a este torrente, están ligados a él, conviven, viven, pescan y se transportan en él, ¡me estremece pensar en todo lo que allí confluye!, todo lo que sucede aguas arriba desde los inicios del mismo Atrato en la mina del Carmen, hasta las atrocidades del mismo orden que suceden en sus afluentes a propósito del Tutunendo, el Andaguada, el Quito o el Neguá, los que hacen cada vez más enorme esta arteria de la selva que transporta crudos mensajes, desde la sobrecarga de sedimentos tóxicos que evidencia su perpetuo color ocre, hasta la multitud de fragmentos de madera que provienen del bosque que se aserra y las raíces de árboles que son arrancadas por las máquinas a los costados de los ríos para abrir los cráteres que



deja la búsqueda criminal e industrial del oro. Uno ve la estrecha y vital relación que tienen estas gentes con su río y no alcanza a dimensionar todo lo que aguas arriba sucede, todo lo que en estas aguas confluye, ese destierro que van narrando las raíces que flotan con la corriente al lado del bote. Nunca imaginé que tanta basura y restos de árboles masacrados flotaran en las arterias de este magnífico bosque, apreciándose las dinámicas que lo corroen en aquello que transportan sus aguas y en su color. Tal vez uno, como fugaz transeúnte, no se pregunte mucho por su color ocre, por las palizadas, las raíces y los fragmentos de aserrío flotantes que son la historia palpable del saqueo de esta región.

Figura 28. *Bosque descuartizado.* Atrato medio (Chocó), 2015





Figura 29. *Northstar. Embarque de choibá.* Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015



Figura 30. *Bosque en desplazamiento 2.* Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015





Al pasar por cada pueblo es inevitable mirar las grandes pilas de bloques de madera que esperan al próximo barco. Mientras bajamos, no sólo el río, sino también los barcos y las pilas de bloques se hacen más grandes. Mientras el bosque luce más enano, los barcos llegan con abarrotados y se van cargados de cientos de toneladas de bosque, como las que pudimos ver cargar cerca de Vigía del Fuerte, una preciosa y dura madera, el Chobá, la cual no flota, a diferencia de otras, debido a su densidad. Hasta hace poco tiempo no se extraía por su dureza, por la dificultad de trabajarla y por lo pesada que es, haciendo aún más peligrosa la labor del aserrador; pero ahora se extrae masivamente por su “alto precio”, es muy cotizada y demandada en los mercados extranjeros, como la China (la maquila del mundo contemporáneo), a la que se exportan diariamente barcos llenos de ésta y otras maderas: “La empresa Prima Colombia Hardwood Inc., dueña de REM Forest Products Inc, del billonario canadiense Frank Giustra, anunció que inició la explotación comercial de madera en Bahía Solano con miras a exportar a China” (Multinacional canadiense inicia extracción maderera en Bahía Solano, 2011).

Figura 31. *Bosque en desplazamiento 3. Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015*





Figura 32. *Bosque en desplazamiento 4.* Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015



Figura 33. *Bosque en desplazamiento 5.* Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015



Figura 34. *Bosque en desplazamiento 6. Vigía del Fuerte (Antioquia), 2015*



Hoy vemos como se embarca la madera a los hombros del pueblo, 16.000 pies cúbicos de Choibá en el “Northstar” hacia el puerto de Turbo, de donde sale al mundo, todas las semanas, todos los meses. Hacia allá vamos y mientras navegamos sobre el Northstar, vemos a Don Werling y a otros más, todos colmados de bosque cubicado. Un bosque que, también de manera más tradicional, sale flotando por sí solo, acumulado hasta por meses en enormes balsas que los aserradores arman con la cosecha que van sacando de los afluentes, en pequeños grupos de bloques amarrados entre sí, hasta el río donde, anclados, los van agrupando, haciéndose balsas de hasta más de 50 metros de bloques de selva amarrados, los cuales llegan balseando hasta las bocas del Atrato, esperando para pasar el golfo de Urabá hasta Turbo, el puerto que se encuentra justo al frente, donde el manglar ha sido masacrado y la selva ya ha sido colonizada por el banano y el ganado, y sólo se ve apilada en bloques frente a los barcos, esperando a los camiones y los barcos más grandes. Así también se ve la selva en multitudes de fragmentos encallados en las playas hasta las que llegaron flotando, desde los profundos y enmarañados recovecos de la selva que se destroza río adentro; raíces y troncos que rebotan las playas desde el golfo de Urabá hasta Córdoba, la selva chocoana reposa en estas costas, descuartizada, arrancada, la materialidad del destierro se expresa en la multitud de cadáveres que, flotando, llegan a reposar aquí.



Figura 35. *Flota mercante.* Medio y Bajo Atrato (Chocó), 2015



Figura 36. *Balsa de madera aserrada.* Bocas del Atrato, Turbo (Antioquia), 2015



Figura 37. *El Waffe.* Turbo (Antioquia), 2015



DESTIERRO,

Figura 38. *Reembarque-El Waffe.* Turbo (Antioquia), 2015





Figura 39. *Selva chocona, costas de Urabá. Turbo (Antioquia), 2017*



2. El Proceso Escultórico

Figuras 40 y 41. *Des-Equilibrio-Destrozos*. Instalación de fragmentos de madera puestos en precario equilibrio, a modo de bosque irrisorio, 2013-2015



Esta investigación sensible sobre el territorio y sus conflictos, se centra en observar y reflexionar sobre el paisaje y sus metamorfosis, concentrándose en el Chocó, un territorio tan próximo geográficamente pero tan recóndito en nuestro imaginario (hablo de los Colombianos y aún más, desde mi entorno cotidiano, de los Antioqueños) por su difícil acceso, por sus problemas de orden público y tal vez por lo lejana que está la selva de nuestro doméstico paisaje cotidiano, de nuestro imaginario encerrado en los centros urbanos de este país en guerra. Este proceso reflexiona sobre los diálogos contemporáneos del hombre con su hábitat y se encuentra con la violencia como un fenómeno cuyos efectos





transcenden lo humano, aunque parten de ahí, pues ¿cómo más se podrían leer los desastres que hoy suceden en nuestro país y propiamente en la cuenca del Atrato sino en términos de violencia? Una violencia que masacra los ríos y los bosques, un conflicto que se plasma en el paisaje, que altera la geografía y sus ecosistemas, una guerra donde la principal víctima ha sido la naturaleza y las comunidades que conviven con ella, quienes han vivido su impacto y no tienen más que asumir a la fuerza el desarraigo de sus relaciones vitales con el territorio y adaptarse a un panorama saqueado, envenado y destrozado, impuesto por las dinámicas del poder enfocadas en el dominio y la extracción de la naturaleza que se asume como recurso con un valor económico; noción que ha desdibujado las relaciones y la manera de apreciar la naturaleza, transformada en recurso natural, reduciéndola a la vocación extractiva desmedida, obviando otros valores biológicos y culturales endémicos de cada territorio.

Así, buscando la grafía primigenia de la tierra, encuentro DESTIERRO.

Figura 42. *Bosque-Comunidad.* Fragmentos de maderas recolectados de diversas regiones de Colombia, 2013-2016.





Esta propuesta plástica consiste en recolectar, transformar, replantear y explorar las poéticas que yacen en los fragmentos de ese conflicto, que se manifiesta en el árbol arrancado y en imágenes que relatan algo de lo que sucede en el hogar de ese árbol, buscando cuestionar nuestro diálogo con lo vital, un concepto muy alterado por nuestra concepción del desarrollo y el bienestar, la cual se aísla por completo de la naturaleza aunque se basa totalmente en los servicios que ésta nos brinda. Por eso, este trabajo de investigación se sumerge en el territorio explorando sus realidades de cerca, leyendo sus contrastes, buscando con ello que las imágenes sean un vínculo directo a estos escenarios donde nos encontramos con las otras caras de la realidad. Asimismo, los gestos componen los lenguajes expresivos de este proceso que se teje en el campo de las imágenes y también de lo escultórico, tomando las materias de los mismos escenarios de este conflicto con lo natural, tomando los restos, los vestigios de estos bosques arrancados a manera de una arqueología que exhuma los preciosos restos, los cadáveres de esa membrana que en un momento cubrió el paisaje, esas raíces separadas de su madre tierra, que ahora se suman a la pila de escombros, son rescatadas para infringir el escenario del arte, cobrando vida desde su ser cadáver, hablando a partir de los mismos gestos que perpetuaron su masacre, los cuales componen una poética en la materia que se violenta con cortes de motosierra, desollamiento, descuartizamiento, devolviendo así la vida a un bosque asesinado que se toma los espacios del arte⁶.

6. El trabajo se encuentra en video en la plataforma de YouTube: "Piedemonte y Vida de Río": <https://www.youtube.com/watch?v=R4aFzgpNN3A&t=636s> "Agricultura y Madera": <https://www.youtube.com/watch?v=vGCRVbDoHPo&t=46s> "Minería": <https://www.youtube.com/watch?v=-v7ohcuJmBE&t=12s>



Figura 43. *Casa de pique*. Instalación en pasillo de baños, raíces suspendidas, luz tenue, y al fondo raíces ensambladas y apiladas en cuarto inundado, sonido de motosierra y caída de árbol, 2016

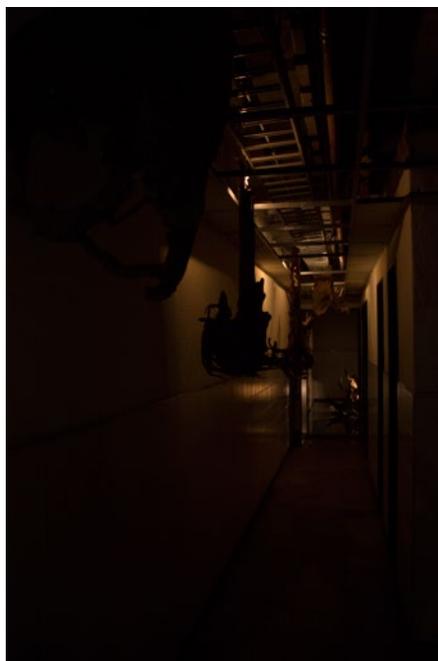


Figura 44. *Cercenando y re-colono*. Raíces intervenidas con cortes infringiendo el espacio, 2016





Destierro

Se oyen susurros de una selva, que respira...
 Agonizante es desplazada y despedazada...
 Selva excavada de turbias aguas envenenadas...
 Donde rumban exclamaciones nostálgicas sobre ríos de cristal
 Prósperos días de pesca y caza que ahondan el vacío de las tarrayas
 Intactas trampas que rumorán presas lejanas
 Fauna espantada en lamentos de motosierras
 El estruendo de otro caído árbol y la explosión de motores
 Paisaje desgarrado por afán de granos dorados...
 Conflicto perpetuo que nos ha dejado de legado
 Un patrimonio vivo descuartizado, un paisaje mutilado
 Un territorio enajenado...⁷

Figura 45. Destrozos, desollados: los árboles o sus fragmentos surgen del techo y la pared. Ficus desollado coloniza el espacio arquitectónico. 2014-2016



7. Poema autoría de Daniel Ospina



Figura 46. *Proto-Árbol, surgimientos y alianzas irrisorias.* Escultura de raíces intervenidas y dispuestas en precario equilibrio, 2016



Figuras 47 y 48. *Destierro*. Escultura-Video, Raíces “apiladas” intervenidas con motosierra (descuartizadas), dispuestas en precario equilibrio sobre tres pantallas de TV, que transmiten un documental de observación filmado en el Chocó, dividido en tres partes: “Piedemonte y Vida de Rio”, “Agricultura y Madera” y “Minería” que busca sumergir al espectador en la cuenca del Atrato a través de sus paisajes y la cotidianidad de sus habitantes.



DESTIERRO,





Bibliografía

Obando Jaramillo, V. (4 de julio de 2016) Extracción ilegal de oro está arrasando con las selvas del Chocó: ONU. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16636126>

Multinacional canadiense inicia extracción maderera en Bahía Solano (2011). [Blog] *Chocó 7 días*. Recuperado de <http://www.choco-7dias.com/799/MULTINACIONAL.htm>



Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,
Campus El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 9000 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: redestetica_med@unal.edu.co

Medellín, Colombia, Sur América